

LA MUERTE DE JESÚS CARRANZA

Stanley R. Ross

MALOS DÍAS FUERON los del mes de diciembre de 1914 para Venustiano Carranza y para la causa constitucionalista que él acaudillaba. Fue entonces cuando se recibieron noticias de la captura de Jesús Carranza, hermano menor del Primer Jefe. Este dramático y patético incidente dejó al desnudo el carácter íntimo de don Venustiano, y gracias a él puede el historiador comprenderlo mejor en cuanto hombre.

La unidad que habían conseguido mantener las fuerzas de la Revolución mexicana bajo el mando de Villa, Carranza y Zapata en su lucha contra el usurpador Victoriano Huerta, no perduró mucho tiempo una vez eliminado el enemigo común. Venustiano Carranza entró triunfalmente en la ciudad de México el 20 de agosto de 1914. Cuando la Convención Militar de Aguascalientes asumió el poder soberano y trató de quitarle a Carranza el poder ejecutivo del cual se había hecho cargo, el Primer Jefe desconoció a la Convención, causando con ello una ruptura definitiva en las fuerzas revolucionarias, cada día menos unidas. Entre el 18 y el 24 de noviembre, las fuerzas constitucionalistas de Carranza, debido a una serie de acontecimientos militares desfavorables, tuvieron que evacuar la capital y se retiraron al Sudeste.

Hacia fines de este mes de diciembre de 1914, la situación de los carrancistas no era precisamente brillante. Sus fuerzas se hallaban dispersas por todo el país. La porción septentrional, con los Estados de Tamaulipas y Nuevo León y el Sudeste de Coahuila, no tardaría en quedar reducida a un par de poblaciones fronterizas, además del puerto de Tampico. En la costa del Pacífico, los constitucionalistas seguían siendo dueños de los Estados de Colima y Chiapas, de los puertos de Mazatlán y Acapulco y de la región fronteriza de Agua Prieta, en Sonora. La principal concentración de partidarios de Carranza se encontraba en los Estados del Golfo, en torno al puerto de

Veracruz, capital provisional de los carrancistas, y se extendía hasta el istmo de Tehuantepec. El centro del país, con las ciudades más importantes y la preciosa red ferrocarrilera, se hallaba dominado por las poderosas fuerzas de Francisco Villa, la División del Norte, y hacia el Sur el dueño de la situación era Emiliano Zapata, con su Ejército Libertador.¹

Cincuenta mil hombres del ejército convencionista desfilaron en la ciudad de México, y demostraron su fuerza haciéndose dueños de Puebla, Toluca y Guadalajara durante el mes de diciembre, y de Saltillo y Monterrey a comienzos de enero. El giro de los acontecimientos no tardaría en cambiar: ya Alvaro Obregón comenzaba a entrar en acción con un ejército constitucionalista reorganizado, y los decretos de reforma promulgados por Carranza le ganaron el apoyo de los sectores obrero y campesino.² Sin embargo, las noticias de los nuevos y prósperos sucesos no habían disipado aún la atmósfera sombría que rodeaba el cuartel general del Primer Jefe, cuando se supo que el hermano de don Venustiano había sido preso de un subordinado traidor.

Jesús CARRANZA había participado lealmente en las aventuras políticas y militares de su hermano. Había desempeñado un modesto papel en la rebelión local encabezada por los Carranza en 1893 contra Garza Galán, gobernador de Coahuila. Durante el régimen de Madero, Jesús actuó como teniente coronel al mando de fuerzas irregulares en Coahuila, cuya gubernatura ocupó Venustiano. Cuando este último desconoció a Victoriano Huerta, el hermano menor se apresuró a sumarse al movimiento rebelde.³ Oficial activísimo en los campos de batalla, Jesús Carranza mereció ser ascendido a general de brigada en julio de 1913.⁴ Aunque de menor estatura y de constitución más corpulenta, era notablemente parecido a su hermano mayor, con quien lo unía un gran afecto. Don Jesús, como lo llamaban cariñosamente sus amigos, era muy querido de todos; uno de sus compañeros de lucha nos habla de su "nobleza" y nos dice que era "todo corazón y bondad".⁵

En agosto de 1914, a raíz de la caída del gobierno de Victoriano Huerta, Jesús Carranza fue enviado al istmo de Te-

huantepec como jefe de operaciones encargado de atender a la disolución de las antiguas tropas federales. El 3 de octubre regresó a la capital de la República después de llevar a cabo el licenciamiento de unos once mil soldados que habían formado parte del ejército federal en la época de Huerta.⁶

A fines de este mes de octubre era evidente que el cisma entre Villa y Carranza se estaba haciendo cada vez más grave. Las dos facciones se empeñaban en engrosar sus filas con cuantos quisieran unírseles, y no tuvieron empacho en admitir a muchos antiguos federales. Desde la sierra de Oaxaca vino a la ciudad de México el ex general federal Alfonso Santibáñez para ofrecer sus servicios a don Jesús. El nuevo voluntario era un individuo bastante grotesco, flaco, de complexión endeble y barba rala, y con unos ojos que nunca veían de frente al interlocutor. A casi todos los carrancistas les parecía un individuo antipático, pero Jesús se confió en él, creyendo que prestaría grandes servicios a la causa en el Istmo.⁷ Santibáñez fue nombrado delegado ante la Convención militar de Aguascalientes, donde habrían de estar representadas las fuerzas de Carranza y de Villa, pero sus credenciales provocaron ciertas discusiones, pues el nuevo delegado no pudo demostrar la existencia de las fuerzas que pretendía tener bajo su mando.⁸ A su regreso de la Convención, Santibáñez recibió de Jesús Carranza el nombramiento de jefe de la guarnición de San Jerónimo Ixtepec (Oaxaca).

En los primeros días de diciembre de 1914, Venustiano Carranza comisionó a su hermano para que visitara los Estados de Oaxaca, Guerrero, Colima y Sinaloa recorriendo los puertos de la costa del Pacífico, con objeto de tener informes de primera mano acerca de la situación política y militar; además, el Primer Jefe quería transmitir instrucciones y enviar abastos de guerra a los distintos caudillos revolucionarios que operaban en esas regiones.

Don Jesús se embarcó en Salina Cruz en el cañonero "Guerrero", mandado por el general Rafael Vargas. Hizo su primera escala en Acapulco, donde logró la unificación de los principales cabecillas del Estado de Guerrero, Julián Blanco y Silvestre Mariscal, quienes firmaron actas de adhesión al

Primer Jefe y a la causa constitucionalista. El enviado les suministró municiones y dinero para que avanzaran contra Chilpancingo, capital del Estado, y, en caso de ser posible, se apoderaran de ella.⁹ El 17 de diciembre llegó don Jesús a Manzanillo, donde recibió la noticia de que el general Diéguez había evacuado la ciudad de Guadalajara en vista de la abrumadora superioridad numérica del ejército villista comandado por el general Felipe Ángeles. Los constitucionalistas se habían replegado hacia Colima en espera de condiciones más favorables, antes de decidirse a tomar la ofensiva; entre esas condiciones favorables contaba mucho la llegada de la división comandada por el general Murguía. En vista de semejante situación, el enviado telegrafió al Primer Jefe pidiéndole más armas, municiones y dinero.¹⁰ La última escala de esta jira de inspección fue Mazatlán, donde Jesús Carranza se entrevistó con los generales Ramón Iturbe y Juan Carrasco, dos de los más importantes elementos constitucionalistas que operaban en Sinaloa.¹¹

Una vez cumplida su misión, Jesús Carranza regresó a Salina Cruz, donde atracó el "Guerrero" el 29 de diciembre. Inmediatamente ordenó apagar las calderas y limpiar el casco, pues esperaba regresar a Sinaloa llevando tropas del Istmo. Sin embargo, tras una conferencia telegráfica con el Primer Jefe, que seguía en Veracruz, tuvo que cambiar sus planes. En efecto, recibió instrucciones de dirigirse a Veracruz para rendir un informe acerca de las condiciones que había observado durante su jira. El hermano del Primer Jefe empleó los dos días siguientes en arreglar algunos asuntos en Salina Cruz antes de abordar el tren que lo llevaría, con sus acompañantes, a la capital provisional.¹²

LA MAÑANA MISMA en que Jesús Carranza llegó a Salina Cruz y recibió de su hermano las instrucciones que acabamos de mencionar, la población veracruzana se disponía a celebrar el santo de don Venustiano. Las personalidades militares y civiles y muchos simples ciudadanos visitaron al Primer Jefe para presentarle sus respetos. Don Venustiano recibió las felicitaciones con su austeridad característica. Más tarde, durante un

banquete celebrado en la Aduana, dijo en su discurso estas palabras:

Es posible que, en el curso de los acontecimientos, algún jefe militar intentase transacciones o arreglos con el pretexto de evitar la efusión de sangre. Pero declaro que, así como cuando luché con la usurpación no admití ni arreglos ni componendas, ahora que la lucha es francamente contra la reacción no transigiré con el enemigo y no admitiré ni entre los míos a vacilantes en el cumplimiento del deber.¹³

Esta regla estaba muy de acuerdo con la índole inflexible de Carranza, y era un resultado lógico de su anterior experiencia revolucionaria: demasiado conocía don Venustiano las consecuencias de esos "arreglos y componendas" y el precio que había pagado por la falta de disciplina. Pero esa severa norma no tardaría en someterse a la más ruda prueba por los acontecimientos que mientras tanto se preparaban en San Jerónimo, en la región del istmo de Tehuantepec.

El general Jesús Carranza salió con su comitiva de Salina Cruz el 30 de diciembre, a las siete de la tarde, en un tren especial del Ferrocarril de Tehuantepec. En su estado mayor se contaban, entre otras personas, un hijo suyo, un sobrino y su secretario, y lo acompañaba además una escolta compuesta de treinta y cinco soldados nortños que habían hecho con don Jesús la reciente jira por el Pacífico, a los cuales se habían sumado cincuenta juchitecos en Salina Cruz.¹⁴

Aunque al maquinista se le habían dado órdenes de no detenerse en ningún lugar, el tren se paró repentinamente en San Jerónimo, cuartel general de Santibáñez, a unos cincuenta kilómetros de Salina Cruz. Muy asombrado, don Jesús mandó preguntar qué pasaba, y la respuesta fue que la escolta estaba deponiendo sus armas. Entonces envió a Santibáñez la orden de presentarse inmediatamente para que le explicara lo ocurrido, y se le dijo que Santibáñez lo aguardaba en su cuartel general. Cuando Carranza y sus acompañantes llegaron al edificio, fueron desarmados y hechos prisioneros. En el furgón de la escolta, los soldados nortños tuvieron un

combate cuerpo a cuerpo con los juchitecos, cómplices de aquel traicionero golpe. Pero su resistencia fue breve e inútil. En unas cuantas habitaciones del segundo piso se encerró a don Jesús, a su hijo, Abelardo Carranza, a su sobrino, Ignacio Peraldí, y a su secretario, el profesor Alfonso Herrera; los otros presos, oficiales y soldados, quedaron en la planta baja del edificio.¹⁵

A hora avanzada de esa misma noche Santibáñez se dirigió al telégrafo con don Jesús y su secretario, bien custodiados. Después de un infructuoso intento de comunicarse telegráficamente con el general Agustín Castro, que se hallaba en San Cristóbal, Santibáñez decidió enviar un mensaje al Primer Jefe en nombre de Jesús Carranza. Pedía que no se mandaran tropas y que se suspendiera toda clase de operaciones militares en contra de Santibáñez.¹⁶ El recibo de tan enigmático telegrama, primera indicación de que algo malo ocurría en el Istmo, hacia donde el Primer Jefe no había ordenado ningún movimiento de tropas en el sentido indicado, hizo que don Venustiano saltara del catre de lona en que lo tenía postrado un ataque de lumbago, y se precipitara a la oficina de telégrafos.¹⁷ El telegrama que envió a su hermano decía así: "Recibí tu mensaje en que me dices no vayan fuerzas a esa región. Hazme favor de venir al telégrafo para conferenciar, pues no entiendo qué quieres decirme."¹⁸ Casi simultáneamente llegó una comunicación mandada de manera subrepticia por el telegrafista de San Jerónimo, en la cual decía que el hermano del Primer Jefe se hallaba preso. Muy poco después llegaron otros dos mensajes de don Jesús, que vinieron a corroborar el informe.¹⁹

Al día siguiente, la población de San Jerónimo estaba hecha un enjambre de actividad. La gente de Santibáñez preparaba armas y municiones, y alguien oyó decir al comandante estas palabras: "Si no se arreglan conmigo, mañana día primero inauguraremos el año con el Consejo Sumario."²⁰ Santibáñez mandó un telegrama al Primer Jefe, en el cual le decía:

He tenido conocimiento que vienen tropas a combatirme en esta plaza. Sírvase usted suspender el avance, y si me envía medio

millón de pesos y medio millón de cartuchos pondré en libertad a su hermano, el general Jesús Carranza. Espero su inmediata contestación.²¹

Las tropas a que aludía eran las que tenía a sus órdenes el general Rafael Vargas, comandante del "Guerrero", el cual, en cuanto tuvo noticia de la captura de don Jesús, se había apresurado a salir de Salina Cruz en contra de los rebeldes, con la guarnición del puerto y los marinos del cañonero. El general Vargas, para atemorizar a Santibáñez, tuvo la ocurrencia de mandar un telegrama en nombre del general Sánchez, diciendo que acababa de llegar de Mazatlán con cuatro mil hombres y que se lanzaría con ellos a batir a los rebeldes si no se daba libertad a los presos.²²

LA SITUACIÓN GENERAL resultaba ahora bien clara.²³ Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del poder ejecutivo de la Unión, se hallaba ante un dilema muy poco envidiable. Flotaba todavía en el aire el eco de las palabras que había pronunciado en el banquete de la Aduana. Tenía delante una buena oportunidad para poner en práctica la norma que tan recientemente había proclamado.²⁴ Se había cometido el delito de insubordinación y se intentaba cometer el de extorsión... Pero en la balanza estaban la vida del hermano de Carranza, la de dos sobrinos y la de otras personas. Lo humano y lo personal pugnaban con la responsabilidad impersonal; la autoridad se veía amenazada por la violencia.

Don Venustiano vio el problema con absoluta claridad, y la respuesta que dio, no sólo con palabras, sino también con la acción, fue inequívoca y sin vacilaciones. Les dijo a los periodistas que la causa que defendía estaba primero que la vida de su hermano, y que, si era necesario, Jesús "sabría caer honrosamente y sería uno de los mártires de la legalidad".²⁵ Y agregó, desarrollando su pensamiento:

Mi deber de Primer Jefe de la Revolución me obliga a no transar con bandidos, cualesquiera que sean los sacrificios personales y las amarguras que tenga que sufrir. Si mis hijos estuvieran en

el lugar de mi hermano y mis sobrinos, observaría la misma conducta, ahogando mi dolor.²⁶

Así, pues, ahogando sus sentimientos personales, Carranza decidió defender el principio de autoridad. Despachó tropas contra los "bandidos" y se negó a tomar en cuenta cualquier transacción que comprometiera su posición de Primer Jefe del movimiento constitucionalista.

Aunque hubo algunas diferencias de opinión entre los consejeros de Carranza en cuanto a la conveniencia de mandar tropas contra Santibáñez, don Venustiano ya estaba decidido.²⁷ El mismo día 31 de diciembre telegrafió al general Obregón ordenándole que movilizara hacia el Istmo las fuerzas de los coroneles Jesús González Morín y Ervey López.²⁸ Al día siguiente, Carranza designó al general Luis Felipe Domínguez para que tomara a su cargo la dirección de la campaña contra Santibáñez, y le dio estas órdenes:

Salga usted inmediatamente a ponerse al frente de las fuerzas que marchan a atacar San Jerónimo, pues temo que teniente coronel González sea engañado por Santibáñez, amenazándole de que fusilará a todos los que tenga presos si no suspende el ataque y se le den garantías... No celebre usted ningún arreglo, pues no hay que darle tiempo al enemigo para nada... Proceda usted como le tengo ordenado.²⁹

El teniente coronel Rivera Domínguez recibió instrucciones, en su cuartel de Lagunas (Oaxaca), de ponerse en contacto con el general Domínguez en espera de órdenes. Y el 2 de enero se ordenó al coronel González Morín avanzar por ferrocarril con objeto de prestar ayuda al comandante de las operaciones en el ataque contra el centro rebelde.³⁰

Durante todo este tiempo, mientras se daban las órdenes y las tropas avanzaban según lo dispuesto, Carranza recibía mensaje tras mensaje con la firma de su hermano, aunque la redacción era de Santibáñez. Los telegramas pedían la suspensión del ataque, proponían que se nombrara una comisión encargada de entablar pláticas con Santibáñez a propósito de ciertas "dificultades" nunca especificadas, y advertían que el

estado mayor de don Jesús sería fusilado si el Primer Jefe se negaba a entrar en negociaciones.³¹

Pero Venustiano Carranza siguió inflexible en la actitud que desde el principio había asumido, como nos lo demuestran claramente sus respuestas a esas proposiciones y amenazas. En uno de sus primeros telegramas pedía aclaraciones acerca de las mencionadas "dificultades", y le preguntaba a su hermano: "Dime cuál acto ha tenido lugar debido a malas interpretaciones, y si se trata de algún disgusto de Santibáñez y sus jefes que necesite arreglo."³²

Sin embargo, cuando se vio que la única "dificultad" consistía en el hecho de haber apresado Santibáñez a su superior y en sus esfuerzos por sacar provecho de tal situación, Carranza se negó a cualquier clase de arreglos:

No puedo acceder a que se nombre comisión para arreglar el acto de rebelión de Santibáñez, pues... estoy resuelto a ser inflexible con los reaccionarios y con los jefes que bajo mi mando cometan el delito de insubordinación. No puedo, pues, aceptar de Santibáñez más que la rendición incondicional para que se le juzgue por la falta o delito que hubiere cometido al haberte puesto preso y retenerte aún, queriendo imponer condiciones para que obtengas tu libertad, lo que acusa un acto de abierta rebelión contra esta Primera Jefatura del Ejército y Gobierno de la Unión. Te saludo afectuosamente.³³

En otros mensajes posteriores reiteró don Venustiano esta actitud: "...Mientras no estén en libertad tú y las personas que te acompañan, no puedo suspender la orden de que batan a Santibáñez las fuerzas que he destacado sobre ésa."³⁴

MIENTRAS TANTO, el cabecilla rebelde ahogaba en la borrachera su frustración y su rabia. Alguien le oyó declarar, entre maldiciones contra el Primer Jefe, que bien sabía cómo castigarlo.³⁵ Poco era lo que se ganaba con el asesinato de todos los presos, puesto que la amenaza de fusilamiento servía más eficazmente como instrumento de intimidación que la fechoría ya realizada. Los prisioneros, vivos, podían ser utilizados para negociar, y, desde luego, eran las únicas cartas que Santibáñez

tenía a mano en el peligroso juego que se había puesto a jugar.

No obstante, y a pesar de esta argumentación lógica, reinaba en todas partes una viva preocupación por la suerte de los presos. Los temores se fundaban en la inflexible actitud del Primer Jefe y, paralelamente, en el incierto futuro de los rebeldes, cuya arbitraria decisión no estaría sujeta a la revisión de ninguna autoridad superior.

En Washington, en la ciudad de México y de manera más dolorosa en Veracruz, había, pues, un ambiente de angustia por la suerte de Jesús Carranza y sus compañeros. Desde Washington, el Departamento de Estado envió instrucciones al cónsul norteamericano en Salina Cruz para que insistiera en que se juzgara a los presos en debida forma.³⁶ Hasta los funcionarios del gobierno convencionista estaban preocupados por las repercusiones que podría acarrear la ejecución de esos hombres. El agente confidencial de los convencionistas en Washington aconsejó a las autoridades de la ciudad de México que hicieran todo lo posible por evitar cualquier mal contra los presos, ya que la simple captura de don Jesús había causado "malísima impresión" en los Estados Unidos, y su muerte daría a la prensa la mejor oportunidad para crear una atmósfera hostil a la causa de la Convención.³⁷ El gobierno de Gutiérrez se apresuró a dar seguridades de que Jesús Carranza sería juzgado en debida forma, aunque es verdad que el teatro de operaciones de Santibáñez era una región aislada, y bastante alejada del dominio efectivo de las autoridades convencionistas.³⁸

En los círculos constitucionalistas de Veracruz predominaba el pesimismo acerca de la suerte de los prisioneros. A hora avanzada de la noche del 1º de enero, don Venustiano envió su último mensaje a su hermano:

He ordenado al jefe de las operaciones contra Santibáñez que no suspenda el ataque, pues van en camino más tropas para reforzarlo. Como tus mensajes me los diriges bajo la presión de Santibáñez, no contestaré ninguno firmado por ti. Que Santibáñez se dirija a mí directamente si algo tiene comunicarme.

Consciente del pesimismo que reinaba a su alrededor, y presintiendo seguramente el trágico curso que tomarían los acontecimientos, el Primer Jefe concluía con estas palabras:

Me despido de ti y de las personas que están presas junto contigo, deseando salgan con felicidad del trance en que se encuentran.
Tu hermano, V. Carranza.³⁹

Esta última comunicación del Primer Jefe convenció a los rebeldes de que sus planes habían fracasado. Su impotente rabia se enderezó contra las inermes personas de sus cautivos. Una "corte marcial" aprobó rápidamente la pena de muerte para todos ellos. La sentencia se pronunció a la 1.45 a. m. del 2 de enero. Santibáñez mandó quemar los vagones de pullman que habían quedado frente al cuartel, y, después de dirigir una arenga a su gente, dispuso que comenzaran las ejecuciones. Los presos del piso bajo fueron sacados y fusilados. Fue una madrugada horrorosa para los cuatro que seguían encerrados en las habitaciones de arriba. El cielo parecía incendiado por el reflejo de las llamas que consumían los vagones del ferrocarril. La serenidad nocturna se quebraba con cada nueva descarga lanzada contra los miembros del estado mayor y de la escolta de don Jesús;⁴⁰ y se sentían, además, los confusos y frenéticos movimientos de los rebeldes, que se preparaban a evacuar San Jerónimo.

Don Jesús y sus tres compañeros fueron sacados hasta el zaguán del cuartel y, después de dos horas de zozobra, fueron devueltos al mismo lugar de encierro. En la tarde de ese día fueron llevados, bajo custodia, hasta el cementerio de la población, donde permanecieron durante tres largas horas. Finalmente llegó un oficial con órdenes de llevar a los presos a Chihuitán (Santo Domingo Chihuitán). En dirección a ese pueblo había huido Santibáñez, acompañado por ciento cincuenta hombres, después de evacuar San Jerónimo en la madrugada del 2 de enero.

Los constitucionalistas entraron en la población esa misma noche, e iniciaron desde luego una implacable persecución tras los rebeldes que huían.⁴¹ Tuvieron un encuentro con

la gente de Santibáñez en Chivela y la derrotaron. Los sobrevivientes escaparon por la sierra de Oaxaca.

Tras varios días de fatigosa huída, llegó Santibáñez con su gente y con los cuatro presos a su destino, en un punto alto de la sierra. Don Jesús y sus compañeros, además de quince soldados, fueron alojados en un jacal sin techo. Al amanecer del día 5 de enero, Santibáñez se presentó en esta choza e hizo saber a Carranza que el general Domínguez había convenido en parlamentar con un representante del propio Santibáñez a fin de fijar una entrevista. Santibáñez indicó que estaba dispuesto a nombrar para esto a uno de sus oficiales, y le dijo a Carranza que podía a su vez designar a uno de sus compañeros. El profesor Herrera fue elegido como representante de don Jesús y de los otros presos.⁴²

A las seis de la mañana emprendió el camino el profesor Herrera, con los ojos vendados, en compañía del teniente Hermenegildo Rodríguez y de otros diez hombres a caballo. Llegaron al anochecer a San Jerónimo, y aquí hicieron saber al general Domínguez que, entre otras condiciones, Santibáñez exigía que la entrevista tuviera lugar en Chihuitán. Al día siguiente, cuando regresaban con la contestación del general Domínguez, se encontraron con unas tropas de caballería al mando del coronel González Morín. El profesor Herrera supo que estas tropas habían atacado y derrotado a una retaguardia de las tropas santibañistas que se hallaba cerca del jacal utilizado como cárcel. Sin embargo, Santibáñez recibió un oportuno aviso de la proximidad de los carrancistas y había huido por las montañas con los tres presos que quedaban, don Jesús, su hijo y su sobrino.⁴³

Durante cuatro días continuó incansablemente la persecución de los rebeldes fugitivos. Hubo varios encuentros con gentes de Santibáñez, y el coronel Balderas Pérez hizo algunos prisioneros que fueron despachados a San Jerónimo para que se les juzgara y se les fusilara. Sin embargo, las fuerzas carrancistas no consiguieron dar con el cabecilla rebelde ni rescatar a los presos. El 10 de enero los perseguidores decidieron volver marcha atrás, y el profesor Herrera se dirigió a Veracruz para presentar su informe al Primer Jefe.⁴⁴ Don Venustiano

comisionó al secretario de su hermano para que volviera a Oaxaca y averiguara qué había pasado con los presos del general Santibáñez.

El profesor Herrera salió al frente de una expedición compuesta de setenta y cinco hombres, y acompañado además por los doctores Macario E. Bribiesca y Emilio Álvarez Vasseur. Los expedicionarios se dedicaron a hacer averiguaciones durante siete días a lo largo de la sierra de Oaxaca. Al llegar al distrito de Villa Alta, recibieron informe de que Santibáñez había asesinado a Jesús Carranza, a su hijo y a su sobrino (jóvenes ambos de dieciocho años), el día 11 de enero, en la ranchería de Xambau, situada a 12 kilómetros de Tepantlali (Santa María Tepantlali), por el rumbo de Juquila (San Juan Juquila Mixes). La investigación confirmó la veracidad de estos trágicos informes. Los cadáveres quedaron abandonados durante varios días, hasta que los piadosos indios de la sierra —los mixes— les dieron sepultura. Estaban irreconocibles, medio comidos por los zopilotes. Sin embargo, los restos fueron identificados por la estatura y por los objetos encontrados cerca de ellos: una gorra militar sin escudo, una tabaquera, un nombramiento de teniente de infantería expedido a nombre de Peraldí, y algunas prendas de ropa que llevaban las iniciales de las víctimas. Los cadáveres fueron llevados a la ciudad de Oaxaca, y luego transportados a Veracruz.⁴⁵

EL GOBERNADOR de Oaxaca y el profesor Herrera comunicaron al Primer Jefe estas desoladoras noticias.⁴⁶ Carranza escuchó estoicamente la lectura de los telegramas y, sin perder su compostura, pidió que lo dejaran solo con su pena.⁴⁷ Pero, no obstante este despliegue externo de serenidad, se hallaba hondamente conmovido por la muerte de su hermano, y torturado por la imposibilidad en que se había visto de impedir-la, a causa de la conciencia de su responsabilidad como Primer Jefe de la Revolución. Don Venustiano no ofreció excusas ni llegó a inculparse de nada. No podía haber, para él, sino una solución al conflicto entre las obligaciones personales y las oficiales. Una conmovedora carta a su esposa nos revela sus sentimientos más íntimos:

Te agradezco las expresiones de condolencia por la muerte de Jesús, que tanto he sentido, y a la familia compadezco por todos motivos. Como te decía en mi anterior, no me han dejado sentirlo, pues no dejé un día de trabajar, aun cuando fuera únicamente en los asuntos oficiales. Me ha tocado a mí en esta revolución la más grande labor y los más grandes sufrimientos. La primera no la he sentido: hace cuatro años que trabajo casi igual, aun cuando no con la responsabilidad que de dos años acá. Pero no había sufrido tanto ni corporal ni moralmente, porque he sido fuerte para soportar todo. La muerte de Jesús me ha afectado más, porque no podía salvarle y por el fin tan triste de él. Esto lo ha de haber hecho sufrir mucho, pues era tan cariñoso con sus hijos, y estaba él seguro de que los matarían. El Sr. Herrera... dice que en el camino recogieron un papelito escrito para mí en el que me recomendaba su familia... Creo que la Providencia ha querido que yo sufra como todos mis soldados, y ha hecho que mis sufrimientos sean mayores que los de ellos. Pero todos los soportaré sin exhalar una queja, y sin desviarme del camino del deber...⁴⁸

El tren fúnebre llegó a Veracruz en la tarde del 12 de febrero y fue recibido con todos los honores militares por el Primer Jefe, a quien acompañaban las más altas personalidades civiles y militares de su gobierno.⁴⁹ Doce mil personas asistieron al luctuoso desfile de la escolta que transportó a las víctimas hasta el cuartel general militar, en la Avenida de la Independencia, donde se expusieron los cadáveres con gran pompa. Al día siguiente, Jesús Carranza, su hijo y su sobrino fueron sepultados en el Cementerio Privado de la ciudad porteña. El general Federico Montes, gobernador de Querétaro, comandaba la columna que rindió los honores militares; José Inés Novelo leyó unos versos, y Alfonso Cravioto pronunció una oración fúnebre en la cual exaltó la memoria de los caídos e inmortalizó el sacrificio del Primer Jefe:

Porque yo no sé, señores, qué será más grande; porque yo no sé, señores, que será más glorioso: si inmolar la propia vida en los altares de la patria o sacrificar conscientemente, en cumplimiento de un fiero deber para que el pueblo se salve, al compañero fiel de toda una existencia de luchas, al que siendo hermano por la sangre, lo era también por el corazón y por el ideal, sufriendo así dos suplicios, torturándose así con dos martirios, soportando así dos muer-

tes. Por eso la tumba que hoy se abre resplandecerá como un símbolo; iluminará como una enseñanza.⁵⁰

La barbarie y la inutilidad del sacrificio de las víctimas de Santibáñez provocaron una oleada de indignación, tanto más notable cuanto que la nación se hallaba curtida por la ferocidad y la brutalidad inseparables de la revolución y la guerra civil. Las circunstancias de este episodio hicieron que la Convención, en su junta del 13 de febrero, decidiera que de ahí en adelante no se fusilaría a los prisioneros.⁵¹ En los círculos constitucionalistas reinaban un dolor y una cólera mayores, aunque mitigados por el orgullo ante la heroica actitud de Carranza y por su determinación de continuar la lucha hasta una feliz conclusión. En Veracruz se expresaron esperanzas de que el sacrificio de Jesús Carranza apresurara la unificación de la causa revolucionaria y acrecentara la autoridad y el prestigio del Primer Jefe.⁵²

Todos admiraron el estoicismo de Carranza y exaltaron su sacrificio. Alfonso Cravioto dijo en un artículo que las ejemplares virtudes del Primer Jefe, su inflexibilidad, su abnegación y su serenidad le habían dado un perfil heroico. El destino se había ensañado contra él, pero Carranza había sabido portarse dignamente.⁵³ El periódico *La Opinión* ponderaba asimismo el estoicismo de don Venustiano. El editorialista recordaba a sus lectores cómo, según una tradición romana, Mucio Escévola se había presentado ante el rey de los invasores bárbaros que amenazaban a Roma y puso su mano derecha en un brasero, dejándosela quemar hasta que no quedó de ella sino una masa carbonizada, impresionando de tal modo al enemigo con esta muestra del temple romano, que inmediatamente se retiraron los invasores, llenos de respeto y confusión. La conducta de Carranza, decía el editorialista, era una hazaña aún más meritoria. "El Jefe de la Revolución, encarnando como nunca antes la grandeza de la causa, soporta para estupefacción de sus adversarios este colosal sacrificio, mayor que el de la misma vida."⁵⁴

ALFONSO SANTIBÁÑEZ, causante de este episodio de la Revolución mexicana que tan en carne viva probó el temple de Ve-

nustiano Carranza, nunca pudo quitarse el estigma de la infamia. Sin embargo, parecía tener probabilidades de hallar en los escondrijos de la sierra oaxaqueña un refugio que lo protegiera de una venganza física. Muchos de sus secuaces habían perecido en encuentros con los constitucionalistas lanzados en su persecución, y otros, caídos prisioneros, fueron fusilados en San Jerónimo. La fuerza de Santibáñez, muy reducida ya numéricamente, no era sino una pobre banda de guerrilleros, acosada de continuo e incesantemente obligada a cambiar de refugio en las partes más inhóspitas de la sierra.

En septiembre de 1915, Santibáñez escribió a Emiliano Zapata una carta en la cual se mostraba orgulloso de su sangrienta hazaña y se adhería expresamente a la causa zapatista:

Oaxaca, 17 de septiembre de 1915.

Señor general don Emiliano Zapata, Jefe del Ejército Libertador.

Muy distinguido señor general:

Hace algún tiempo he tenido el vivo deseo de ponerme en comunicación con usted para manifestarle las profundas simpatías que me inspiran, tanto el gesto heroico con que usted ha desafiado a los diversos magnates que en diversas formas han oprimido y vejado los derechos del pueblo, como los principios y doctrinas que usted tan acertada y patrióticamente define en su célebre Plan de Ayala.

Repito que comulgo con esas mismas ideas y me adhiero con la más sana intención, proponiéndome hacer cuanto esté a mis alcances para hostilizar y destruir a nuestro enemigo común, el carancismo.

Mi lucha ha sido sin tregua. Como prueba, señalo *el hecho de haber cortado la cabeza de Jesús Carranza, mandándole fusilar y destruyendo con esto a una de las cabezas de la hidra.*

Tuve que sostener varios combates desiguales por el número abrumador que me perseguía; agoté la mayor parte de mis municiones; murieron algunos de mis jefes y oficiales y muchos de mis soldados, pero no desmayaré. Estoy dispuesto a hacer hasta el último sacrificio por defender la causa santa del Pueblo, por libertar sus ideales y porque en unión de usted, que defiende principios indiscutiblemente democráticos, sentar el precedente de que México en lo sucesivo gozará de las libertades y derechos que los pueblos conscientes gozan cuando tienen decoro y prefieren perder la vida antes que su honor y dignidad.

Tendría gran placer en recibir sus consejos, y sírvase considerarme como su atento y sincero subordinado.

Con todo respeto,

[f] General] Alfonso J. Santibáñez.⁵⁵

La situación militar y política había cambiado en forma radical. Obregón había derrotado a Villa en Celaya y en otras batallas trabadas en la región del Bajío, y la famosísima División del Norte se había replegado hacia el Norte. Los constitucionalistas habían ocupado la ciudad de México, y la autoridad de Carranza no tardaría en quedar robustecida con el reconocimiento *de facto* otorgado a su gobierno por el de los Estados Unidos. Los zapatistas, obligados a retirarse de la capital de la República, habían regresado a Morelos y a su sistema de guerrillas, y el gobierno de la Convención, radicado durante algún tiempo en Toluca, se iba desintegrando rápidamente. Si en otro tiempo el cuartel general de Zapata se había visto en la imposibilidad de dominar a Santibáñez, ahora era incapaz de prestarle ayuda, aun en caso de que lo hubiera juzgado deseable, lo cual es dudoso.

Durante once meses, Santibáñez arrastró su lastimosa existencia de paria en las serranías de Oaxaca. Por una ironía del destino, su castigo final se debió a elementos opuestos al gobierno de Carranza. Un grupo de partidarios del viejo régimen constituyeron en los Estados Unidos una junta con objeto de emprender la contra-revolución. Capitaneados por el general Félix Díaz, estos elementos desataron una rebelión armada en el Estado de Veracruz. En las filas rebeldes se hallaba el general Juan A. Almazán, jefe de las operaciones en las sierras de Puebla y Oaxaca, y uno de sus subordinados apresó a Santibáñez. Obedeciendo instrucciones del general Díaz, el prisionero fue procesado por una corte marcial, sentenciado y fusilado en el pueblo de Lechiguirí (Oaxaca), en agosto de 1916.⁵⁶

ESTE EPISODIO de la muerte de Jesús Carranza es un buen ejemplo del clima de violencia y extrema crueldad en que llegó a desarrollarse la Revolución mexicana. La conducta de Santibáñez revela un problema siempre recurrente: el de mantener

la disciplina y la autoridad en las fuerzas revolucionarias. La obediencia y la lealtad solían olvidarse, y a menudo se invocaban los ideales revolucionarios como simple máscara para encubrir el oportunismo y el medro personales. Aunque los jefes revolucionarios ostentaban títulos que denotaban un mando y parecían dar unidad a su movimiento, la verdad es que con mucha frecuencia eran incapaces de refrenar o canalizar a los elementos explosivos locales o regionales, representados por una facción o por un individuo.

De todos los aspectos iluminados por este episodio, ninguno más significativo que la singular revelación de la índole del Primer Jefe. La conducta que observó no puede explicarse simplemente por la terquedad que algunos de sus críticos le han echado en cara. Las lecciones del pasado y su experiencia personal hicieron comprender a Carranza la necesidad de establecer la autoridad y la disciplina. Para mantener una y otra era indispensable no transigir con la violencia ni tolerar la insubordinación. Además, Carranza era excepcionalmente consciente de su papel, y muy celoso de sus prerrogativas como Primer Jefe. Las consideraciones del deber para con la nación y para con la causa coincidían con motivos más personales.

Durante este episodio, Venustiano Carranza demostró serena y enérgicamente su capacidad para seguir sin desviaciones una línea de conducta ya fijada. Frente a la amenaza de un tremendo sacrificio personal, supo dar pruebas de gran fuerza de voluntad. Razón tiene un antiguo compañero suyo, el licenciado Isidro Fabela, para decir que la cualidad número uno de Carranza era su carácter.⁵⁷ Un observador contemporáneo de los hechos, poco benévolo para con el carrancismo, conviene en que el Primer Jefe era hombre de "extraordinaria energía y fuerza de voluntad", y dice que su virtud más sobresaliente era "una tenacidad que se imponía al tiempo y al espacio y se burlaba del destino".⁵⁸ Ésta fue la cualidad que hizo la grandeza de Carranza, la que contribuyó a crear la impresión de que era él, entre todos los caudillos de las distintas facciones revolucionarias, el que ofrecía las mejores esperanzas para una era de orden y de progreso en México.

NOTAS

¹ Vito ALESSIO ROBLES, "La batalla de Ramos Arizpe", en el vol. 60, fol. xcvi de la colección manuscrita del autor; JUAN BARRAGÁN RODRÍGUEZ. *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, México, 1946. t. 2, p. 201. Los datos en que se funda el presente artículo se recogieron en México entre 1952 y 1953. Debo agradecer a la Doherty Foundation y al Research Council de la Universidad de Nebraska los subsidios que hicieron posible mi investigación.

² Los elementos obreros fueron ganados para la causa constitucionalista por el decreto del 12 de diciembre de 1914, en el cual se comprometía Carranza a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, y por los esfuerzos conciliatorios de Obregón que culminaron en un pacto entre la Casa del Obrero Mundial y el gobierno constitucionalista. Los abogados de la reforma agraria fueron atraídos por las promesas y propuestas relativas a ese problema en los decretos del 12 de diciembre de 1914 y del 6 de enero de 1915. Véase la *Codificación de los decretos del C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del poder ejecutivo de la Unión*, México, 1915, pp. 131-138 y 151-157. Cf. también *El Constitucionalista*, 12 de diciembre de 1914 y 9 de enero de 1915, y el documento de 17 de febrero de 1915 que contiene el "Pacto celebrado entre la Revolución constitucionalista y la Casa del Obrero Mundial" (copia suministrada por Carlos L. Gracidas, en poder del autor de este artículo).

³ Al iniciarse la lucha contra Victoriano Huerta, usurpador del poder, Jesús se encontraba en Torreón, dentro de la zona controlada por el general Trucy Aubert, del ejército federal. En una conferencia telegráfica con Aubert, Venustiano Carranza convino con éste en que su hermano fuera su representante en las negociaciones con el comandante federal, bajo una garantía personal de seguridad. De ese modo pudo salir Jesús de la zona de Torreón sin necesidad de huir, y se sumó sin mayores riesgos a la rebelión de su hermano. Véase la conferencia telegráfica entre Carranza y Aubert (23 de febrero de 1913) en el Archivo de Venustiano Carranza (citado en lo sucesivo con la abreviatura AdeVC). La mayor parte del archivo de Carranza se encuentra actualmente en posesión de su antiguo jefe de Estado Mayor, general Juan Barragán Rodríguez. Otra colección de documentos, relativos en gran parte a asuntos militares, fue obsequiada por el general Cándido Aguilar, yerno de Carranza, al presidente Manuel Ávila Camacho, quien a su vez la depositó en el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.

⁴ Jesús Carranza participó en la campaña del Norte contra Huerta como subordinado del general Pablo González, comandante del cuerpo de ejército del Noreste. Después de la victoria de Candela (julio de 1913), fue ascendido a general en el mismo campo de batalla. Se encontró más

tarde en las infructuosas operaciones realizadas en el otoño de 1913 contra Monterrey, y en mayo del año siguiente contribuyó a la captura de esta ciudad norteña impidiendo la llegada de los refuerzos federales enviados desde Laredo. Como comandante de la División del Centro, encabezó la expedición militar lanzada desde Tampico contra San Luis Potosí en junio y julio, y acompañó a su hermano en su triunfal entrada en la ciudad de México el 20 de agosto de 1914. Véase: "Primer escalafón de los generales y jefes del Ejército Constitucionalista, con expresión del arma a que pertenecen y fecha de antigüedad", AdeVC; "Parte que rinde el C. general Pablo González, comandante en jefe del cuerpo de ejército del Noreste, al C. general don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, ... [sobre el] asalto y toma de la ciudad de Monterrey" (mayo de 1914), AdeVC; Francisco L. URQUIZO, "Venustiano Carranza", en la *Historia de la Revolución mexicana*, ed. José T. Meléndez, México, 1940, t. 2, p. 18; BARRAGÁN, *Historia...*, t. 1, pp. 68, 190, 253, 257, 470, 528-529, 568, 603-606; J. BARRAGÁN RODRÍGUEZ, "De las memorias de don Venustiano Carranza", *El Universal*, 5 de enero de 1930.

⁵ Manuel W. GONZÁLEZ, *Con Carranza*, México, 1933, t. 1, p. 8. Vicente BLASCO IBÁÑEZ, que revela una actitud adversa a los carrancistas, asegura que la imagen popular que se tenía de Jesús Carranza era muy distinta: "un verdadero Napoleón cuando venía a echar a los propietarios de sus ranchos y a llevarse el ganado" (*Mexico in Revolution*, Nueva York, 1920, p. 121).

⁶ Los informes de prensa aseguraban que a comienzos de septiembre se habían licenciado cuatro mil hombres, y el resto a comienzos de octubre. Cf. *The Mexican Herald*, 6 de septiembre y 4 de octubre de 1914.

⁷ Manuel W. GONZÁLEZ, *Contra Villa*, México, 1935, p. 148.

⁸ *Ibid.* Algunos carrancistas sospechan que Santibáñez pudo haber elaborado sus traicioneros planes mediante el contacto con los miembros de la oposición en esta junta, pero no presentan ninguna prueba documental en apoyo de semejante conjetura. En realidad, la mejor explicación de su conducta posterior parece ser su ambición puramente personal, y no un convenio con un partido organizado.

⁹ Carta de Jesús Carranza a Venustiano Carranza, 18 de diciembre de 1914, AdeVC.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ BARRAGÁN, "De las memorias...", *El Universal*, 25 de enero de 1931.

¹² Conferencia telegráfica entre Jesús y Venustiano Carranza, 29 de diciembre de 1914, AdeVC.—Don Jesús hizo una breve visita al general Maclovio Herrera, quien, después de tres meses de lucha, se hallaba en camino desde Mazatlán hasta Veracruz con objeto de rendir sus informes al Primer Jefe, para asumir después, junto con el general Antonio Villarreal, el mando de la campaña del Norte contra los villistas. G. CASASOLA ha reproducido una fotografía tomada en Salina Cruz, en la cual apare-

cen Herrera, Jesús Carranza y el coronel Manuel Caballero (*Historia gráfica de la Revolución*, México, 1951, t. 2, p. 891).—Durante esta breve permanencia en Salina Cruz se descubrió que el general Santibáñez, a quien Jesús Carranza acababa de nombrar comandante militar del Istmo en sustitución del coronel César López de Lara, se había llevado del puerto un vagón cargado de armas y municiones destinadas al general Herrera. Véase el “informe que rinde el profesor Alfonso Herrera al C. general don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista...” (enero de 1915), AdeVC, documento citado así en adelante: HERRERA, “Informe”.

13 Armando Z. Ostos, “La traición de Santibáñez”, *El Universal*, 7 de mayo de 1933.

14 El tren se detuvo después de haber recorrido una breve distancia con objeto de que subiera el coronel Pedro López Morales, a quien se había traído desde Acapulco, muy enfermo de paludismo (HERRERA, “Informe”).

15 HERRERA, “Informe”.

16 Jesús Carranza a Venustiano Carranza, 30 de diciembre de 1914, AdeVC.—El profesor Herrera, en su “Informe”, dice que este incidente ocurrió en la noche siguiente, la del 31 de diciembre, pero la lógica de los acontecimientos y las fechas que aparecen en la correspondencia oficial nos obligan a concluir que aquí le falló la memoria.

17 Félix F. PALAVICINI, *Grandes de México*, México, 1948, p. 48.

18 Venustiano Carranza a Jesús Carranza, 30 de diciembre de 1914, AdeVC.

19 El telegrafista de San Jerónimo al Primer Jefe; Jesús Carranza a Venustiano Carranza, 30 de diciembre de 1914, AdeVC.

20 HERRERA, “Informe”.

21 Santibáñez a Venustiano Carranza, 31 de diciembre de 1914, AdeVC.

22 BARRAGÁN, *Historia...*, t. 2, p. 188; HERRERA, “Informe”.

23 La confusión inicial en cuanto a las circunstancias de los acontecimientos ocurridos en la remota región del Istmo se refleja en las noticias periodísticas de estos días. El 4 de enero de 1915, *The Mexican Herald* publicó un informe según el cual las tropas de la guarnición de Salina Cruz, lo mismo que la tripulación del cañonero “Guerrero”, se habían rebelado. Esta falsa noticia se redondeó tres días más tarde, el 7 de enero, con la “información” de que Jesús Carranza, al tratar de huir de los rebeldes, había sido apresado por Santibáñez, quien “se ha declarado recientemente en favor de la Convención”. El *New York Times* anunciaba, el 3 de enero de 1915, que en el Departamento de Estado de Washington se había recibido un despacho sin fecha enviado por el cónsul norteamericano de Salina Cruz, en el cual se notificaba la rebelión del comandante de San Jerónimo y el arresto del general Jesús Carranza por “fuerzas que obedecen al gobierno de Gutiérrez”. Estas imputaciones de que Santibáñez dependía del gobierno convencionista parecen fundarse en las

implicaciones de su conducta y no en alguna declaración expresa de adhesión a él.

²⁴ Además del discurso de la Aduana, Carranza había firmado hacía pocos días un decreto que parecía como hecho a propósito para el caso de Santibáñez. En él se instituía la pena capital contra los antiguos oficiales federales que atacaran a los constitucionalistas. Dice así el decreto del 18 de diciembre de 1914 (*Codificación de los decretos...*, pp. 142-143): "Todo oficial o jefe que, habiendo pertenecido al ejército federal, fuere cogido con las armas en la mano sirviendo contra la causa constitucionalista, será ejecutado el mismo día en que quedare identificado como oficial o jefe del antiguo ejército federal. El jefe de las armas que hiciere la aprehensión ordenará la ejecución dicha...". Cf. también *El Constitucionalista*, 19 de diciembre de 1914.

²⁵ GONZÁLEZ, *Contra Villa*, p. 148.

²⁶ Francisco L. URQUIZO, *Carranza*, México, 1941, p. 39.

²⁷ *The Mexican Herald*, 7 de enero de 1915.

²⁸ Venustiano Carranza a Alvaro Obregón, 31 de diciembre de 1914, citado en A. OBREGÓN, *Ocho mil kilómetros de campaña*, París, 1917, p. 378.—Cuando los comandantes constitucionalistas recibieron informes del incidente, telegrafiaron para reafirmar su apoyo y para felicitar al Primer Jefe por la línea de conducta que estaba siguiendo. He aquí el mensaje que envió el general Obregón: "La actitud asumida por usted contra monstruo imbécil Santibáñez, que creyó amedrentarle amenazándole con asesinar a su hermano el general Carranza y sus sobrinos si no accedía a sus malvadas exigencias, nos enorgullece a los que tenemos el alto honor de pertenecer al Ejército Constitucionalista, al confirmar, una vez más, el elevado concepto que de usted tenemos, de que sabrá sacrificar su propia vida en aras de los sagrados principios de nuestra Revolución, y sólo me contrasta saber que siguen surgiendo ejemplos de monstruosidad y perfidia..." (telegrama del 5 de enero de 1915, AdeVC).

²⁹ V. Carranza al general Domínguez (en Estación Chivela, Oaxaca), 1º de enero de 1915, AdeVC.

³⁰ V. Carranza al teniente coronel Rivera Domínguez, 1º de enero de 1915; V. Carranza al coronel González Morín (en Córdoba, Veracruz), 2 de enero de 1915, AdeVC.

³¹ J. Carranza a V. Carranza, 31 de diciembre de 1914 y 1º de enero de 1915, AdeVC.

³² V. Carranza a J. Carranza, 31 de diciembre de 1914, AdeVC.

³³ V. Carranza a J. Carranza, 1º de enero de 1915, AdeVC.

³⁴ V. Carranza a J. Carranza, 1º de enero de 1915, AdeVC.—Algunas horas más tarde, tras recibir un nuevo mensaje suplicante firmado por su hermano, Carranza replicó: "... no es posible cambiar mi resolución que te comuniqué en mi mensaje anterior". (V. Carranza a J. Carranza, 1º de enero de 1915, AdeVC.)

³⁵ HERRERA, "Informe".

³⁶ *New York Times*, 3 de enero de 1915.

³⁷ Enrique C. Llorente al general Eulalio Gutiérrez, presidente provisional del Gobierno de la Convención Soberana, 5 de enero de 1915, AdeVC (mensaje interceptado por los telegrafistas constitucionalistas).

³⁸ *New York Times*, 7 de enero de 1915.

³⁹ Telegrama del 1º de enero de 1915, AdeVC.—El Primer Jefe hizo saber a la esposa de Jesús, residente en Laredo, Texas, que su hermano estaba dispuesto a morir por la causa, si así era necesario, y que él prefería verlo morir antes que perdonar a Santibáñez (*New York Times*, 2 de febrero de 1915).

⁴⁰ Dieciséis fueron los prisioneros fusilados durante las primeras horas del día 2 de enero: el coronel Manuel Caballero, jefe del estado mayor, el coronel Pedro López Morales, el capitán Ruperto Castilla, los tenientes Mariano Urbina, Leonardo Vidaurri, Lionel Márquez y Francisco Hernández Alatorre, el sargento Inés Fregoso y ocho soldados rasos. Seguimos en esto al profesor Herrera, cuyo recuerdo de la muerte de sus camaradas debe haber estado muy vivo al escribir su informe. Asimismo, la hora en que según él se hicieron los fusilamientos parece estar de acuerdo con el orden de los sucesos anteriores y posteriores, acerca del cual tenemos documentos seguros. El general Barragán y otros autores sitúan este sangriento episodio el 31 de diciembre, fundados en rumores y en informes de prensa publicados en Veracruz, y presentan el hecho como una prueba de los esfuerzos de los rebeldes por intimidar al Primer Jefe; pero la extraordinaria firmeza de Carranza no necesita ciertamente esta ligera falsedad histórica. También el general Manuel González se equivoca cuando sugiere que la fecha de los fusilamientos fue el 3 de enero, pues las tropas del general Domínguez entraron en San Jerónimo durante la noche anterior. Véase HERRERA, "Informe"; BARRAGÁN, *Historia...*, t. 2, p. 191; declaraciones del secretario Zubarán (3 de enero) citadas en el *New York Times*, 4 de enero de 1915; GONZÁLEZ, *Contra Villa*, p. 147.

⁴¹ Cuando el general Domínguez entró en San Jerónimo, encontró los cadáveres de las víctimas enterrados en montón. Ordenó que se los volviera a sepultar en un sitio más adecuado, "con la esperanza de que un día, restablecido el orden constitucional, se erigiera un monumento en la zona de las tumbas como un sencillo homenaje a la lealtad y valentía de dichas víctimas" (OSTOS, "La traición...", *El Universal*, 7 de mayo de 1933).

⁴² HERRERA, "Informe".

⁴³ En el jacal, el profesor Herrera recuperó el águila de oro que pertenecía a don Jesús, lo mismo que algunos papeles que los prisioneros habían escondido. HERRERA, "Informe".

⁴⁴ *Ibid.*; GONZÁLEZ, *Contra Villa*, p. 148.—Hubo encuentros entre los perseguidores y los rebeldes en Santa María Guienagati y en Guinea. La decisión de volver marcha atrás se debió a que los caballos estaban muy

cansados y a que los jefes carrancistas veían que se estaban internando demasiado en el Estado de Oaxaca sin saber si el gobernador se hallaba implicado o no en la rebelión de Santibáñez.

45 Boletín de la Secretaría de Gobernación (2 de febrero de 1915), citado en *El Pueblo*, 3 de febrero de 1915; BARRAGÁN, "De las memorias...", *El Universal*, 25 de enero de 1931; BARRAGÁN, *Historia...*, t. 2, p. 192; OSTOS, "La traición...", *El Universal*, 7 de mayo de 1933.

46 A. Herrera a V. Carranza, y el gobernador José Ives Dávila a V. Carranza, 2 de febrero de 1915, AdeVC; *The Mexican Herald*, 4 de febrero de 1915.

47 BARRAGÁN, *Historia...*, t. 2, p. 193.

48 V. Carranza a Virginia Salinas de Carranza (en San Antonio, Texas), 25 de febrero de 1915, carta citada aquí con autorización de la difunta Julia Carranza.—En los momentos en que don Jesús cayó preso, el profesor Herrera se las arregló para poner a salvo una maleta en que había algunos objetos personales del hermano del Primer Jefe y catorce mil dólares norteamericanos en monedas de oro. Suponiendo que el dinero era propiedad personal del difunto, preguntó por la dirección de la viuda, que vivía con sus hijos pequeños en Texas. Pero don Venustiano, comprendiendo que su hermano no podía haber acumulado semejante suma, ya que su sueldo diario era de treinta y cinco pesos, y convencido de que se trataba de fondos recolectados en los distintos puertos del Pacífico, ordenó que el dinero se entregara al secretario de Hacienda. Sin embargo, antes de que se llevara a efecto esta entrega, el Primer Jefe tomó una moneda de oro de veinte dólares y la substituyó por su equivalente en billetes de banco mexicanos (ciento sesenta pesos, pues el tipo de cambio era entonces de ocho por uno). Véase J. BARRAGÁN, "La integridad moral del Primer Jefe", *Todo*, 22 de mayo de 1934; J. BARRAGÁN, "La honradez de los hombres de la Revolución", *El Universal*, 8 de enero de 1953.

49 Entre los acompañantes de Carranza se contaban los licenciados Luis Cabrera, Rafael Zubarán y Manuel Escudero Verdugo, el ingeniero Pastor Rouaix, los generales Cándido Aguilar, Benjamín Hill e Ignacio Pesqueira, los señores Alfonso Cravioto y Gerzayn Ugarte, y los miembros del estado mayor del Primer Jefe. Cf. OSTOS, "La traición...", *El Universal*, 7 de mayo de 1933; *New York Times*, 13 de febrero de 1915; BARRAGÁN, *Historia...*, t. 2, p. 192.

50 OSTOS, "La traición...", *El Universal*, 7 de mayo de 1933.—Las víctimas fueron sepultadas en el Cementerio Privado de Veracruz, en las tumbas números 1285, 1286 y 1287. Cf. *El Pueblo*, 14 de febrero de 1915.

51 *La Convención*, 17 de febrero de 1915.—Sin embargo, este órgano de la oposición tergiversó la índole de la tragedia asegurando que Jesús Carranza, después de ser capturado en el Istmo por "fuerzas de la Convención", había sido sentenciado a muerte en un juicio sumario por el crimen de haber desconocido a la Convención Soberana.

⁵² OROS, "La traición...", *El Universal*, 7 de mayo de 1933.

⁵³ A. CRAVIOTO, "Carranza en el tormento", en *El Primer Jefe*, ed. Félix F. Palavicini, México, 1916, p. 83.

⁵⁴ *La Opinión*, 7 de febrero de 1915.

⁵⁵ Santibáñez a Zapata, 17 de septiembre de 1915. Citamos esta carta (conservada en el Archivo de Emiliano Zapata) con autorización del coronel Octavio Magaña Cerda. Hemos destacado con cursiva la frase que más nos interesa aquí.—Algún miembro del estado mayor de Zapata señaló al margen que era ésta la "adhesión" de Santibáñez al zapatismo, lo cual tiende a confirmar nuestra impresión de que Santibáñez no había hecho anteriormente ningún trato con las fuerzas de la Convención ni se había adherido a ella.

⁵⁶ CASASOLA, *Historia gráfica...*, t. 3, pp. 1229-1230.

⁵⁷ Entrevista con el autor del presente artículo (1953).

⁵⁸ BLASCO IBÁÑEZ, *Mexico in Revolution*, p. 102.